

EL CORONEL

JOSE IGNACIO RODRIGUEZ

(EL MOSCA)

(Primera parte de un capítulo de un libro en preparación).

Doctor OSWALDO DIAZ DIAZ



Era costumbre dar el apodo de mosca —reminiscencia de los tiempos de la Conquista— a los nacidos en la Sabana de Bogotá o en sus inmediaciones; así puede leerse en la Manuela de don Eugenio Díaz Castro. El Coronel de la Independencia don José Ignacio Rodríguez había nacido en Guatavita, según el sentir de José María Restrepo Sáenz, y llevó ese apodo a todo lo ancho del territorio de la Nueva Granada, desde la capital hasta el Río Iscuandé. Scarpetta y Vergara fijan la fecha de su nacimiento en 1775. Fueron sus padres don Juan Francisco Rodríguez y doña Teresa Obregón y entre sus hermanos figuraron doña Carmen Rodríguez de Gaitán y don Fermín. En todos los relatos de los memorialistas e historiadores se repite su apodo que aún pervive en coplas que cantan los negros nativos de Iscuandé, al decir de Sergio Elías Ortíz.

Los servicios de la familia a la causa patriota son dilatadísimos y comenzaron antes del 20 de julio de 1810. Doña Carmen fue una de las mujeres más entusiastas de la revolución y se cita como una de las participantes más activas en esa fecha gloriosa y merece un capítulo propio en estas páginas.

José Ignacio Rodríguez se casó en la ciudad de Neiva con doña Toribia Escobar, hija de un acaudalado español, y se estableció en aquella provincia. Su entusiasmo patriótico fue avasalla-

dor e inmediato, pues según aparece de dos certificados aducidos por su viuda años más tarde, el día 13 de agosto de 1810 lo vieron "salir de su casa a las tres de la tarde con trece hombres a impedir las miras hostiles del gobernador de la provincia, a quien prendió a pesar de los hombres que se lo escoltaban, siendo este el primer paso que se dió en el citado lugar (Neiva) para romper las cadenas del gobierno antiguo y restaurar los derechos de hombres libres".

Es probada la amistad de Rodríguez con el gran prócer y mártir don José Díaz, de modo que es muy seguro que también él participó en la expedición que se formó bajo el mando de Díaz en la región de Guanacas, con la cooperación del virtuoso sacerdote don Andrés Ordóñez, para obrar contra el Gobernador de Popayán don Miguel Tacón, que amenazaba desde allí las patriotas ciudades del Norte del Cauca. La fuerza de Díaz consiguió engañar a Tacón persuadiéndolo de que eran verdaderas armas de artillería los cañones hechos de guaduas para simular mortíferas y temibles piezas.

También desde Santa Fé se movieron tropas contra Tacón, al mando del Coronel don Antonio Baraya, las que salieron de la capital el día 15 de noviembre de 1810, como lo registra José María Caballero. Con las fuerzas de Baraya se reunieron las de la Provin-

cia de Neiva, así que José Ignacio Rodríguez participó en la primera Batalla del Palacé, como lo anotan Scarpetta y Vergara. Ocurrió este combate el 2 de abril de 1811 y sobre él dice José Dolores Monsalve en su libro **Antonio Villavidencio**: "Baraya despachó en pos de los rezagados del enemigo hasta Mercaderes al Capitán José Ignacio Rodríguez (el Mosca), quedándose en Popayán para entenderse con el Cabildo de esa ciudad". Baraya regresó a Santafé después de alguna permanencia en Popayán, pero Rodríguez continuó prestando servicio en esa provincia.

Después de varias peripecias que no hacen a nuestro propósito, el ex-gobernador Tacón tomó la derrota hacia el Pacífico, con destino a Tumaco e Iscuandé. Según lo dice Sergio Elías Ortíz en su obra **Agustín Aqualongo y su tiempo**, los patriotas, a pesar de la dificultad de comunicaciones en esa época, estaban al tanto de los movimientos de Tacón y por ello la Junta de Gobierno de Popayán ordenó una recluta de hombres para la defensa de la costa del Pacífico y para impedir que Iscuandé cayera en manos del español. Esa recluta se confió al activo patriota don Manuel Olaya. "El reclutamiento se hizo principalmente en Cali y, con la buena voluntad de las gentes, llegó a juntarse una fuerza de noventa fusileros y alrededor de cien lanceros que fueron confiados al mando del Capitán José Ignacio Rodríguez (a. el Mosca), hombre animoso, de valor probado y buen militar que aceptó gustoso la comisión y se puso inmediatamente en marcha superando todas las dificultades que se le oponían". Don Santiago Arroyo en sus **"Apuntes Históricos sobre la Revolución de Independencia en Popayán"**, confirma así: "Año de 1812. Enero. La costa del Sur, ocupada en parte por las fuerzas del Gobernador Tacón, y

fuerte el mismo en la isla de Tumaco, amenazaba a Iscuandé, a la Buenaventura y a Popayán. Los esclavos estaban sublevados contra sus amos, en la Provincia del Raposo, y en la de Micay, titulándose soldados del rey; los de Iscuandé daban que temer a los propietarios y a la ciudad. Don Manuel Olalla, vecino minero de aquella ciudad, vino a pedir auxilio a la Junta, en el año anterior y siguió con ellos en unión del Capitán José Ignacio Rodríguez que debía aumentar la fuerza en Cali y seguir por la Buenaventura a Iscuandé".

Debemos anotar que uno de los refuerzos que recibió el Capitán Rodríguez en Buenaventura, tanto en embarcaciones como en soldados y otros auxilios, le fue suministrado por el Cura de la feligresía del Raposo, Presbítero Francisco Mariano Fernández de quien mucho tendremos que decir en páginas futuras. Reforzado así el Mosca arribó a Iscuandé y se dispuso a la defensa. El combate de Iscuandé es sin duda la mayor hazaña del Mosca Rodríguez. Utilizaremos la narración que hace Sergio Elías Ortíz en el libro atrás citado: "De Buenaventura llevaron cuatro cañones viejos, de los cuales solo uno, llegado el caso, estaba en condiciones de disparar. Sin inconvenientes de ninguna clase en la navegación, arribó Rodríguez sucesivamente a Guapí y a Iscuandé. Por todas partes, dice él, no encontró "sino profundo silencio interrumpido por una u otra voz amenazadora que en su tránsito hacia Tumaco, por donde se retiraba, iban dejando regadas el sargento Mayor Rodríguez y Valverde". Tacón, entre tanto, se había movido de Barbacoas a Tumaco, lugar de concentración de sus efectivos. Allí recibió enviados de Lima y Guayaquil, el Bergantín San Antonio, el Morreño, una lancha cañonera La Justicia, dos falcas, dos ceibos y varias lanchas y

otras embarcaciones que en conjunto hacían una pequeña buena escuadra, suficiente para enseñorearse de la costa del Pacífico desde la Buenaventura hasta Guayaquil. Al lado de estos efectivos reunió más de doscientos hombres. Los barcos estaban armados de "un cañón de bronce de a 24, otro de a 8 de hierro, 2 violentos, dos pedreros de recámara, uno de a cuatro reforzado, dos esmeriles y tres piezas más de distinto calibre". Así armado Tacón alzó velas en dirección a Iscuandé con el objeto de atacarlo. Acompañaban al Jefe de la expedición, su ayudante don Manuel Valverde, el Comandante Ramón Pardo, el Capitán pastuso José María Delgado y Polo y otros distinguidos oficiales. El 27 de enero de 1812 con buen viento penetró la escuadra por la boca del río Iscuandé y subió hasta colocarse enfrente de la población, a la que empezó a bombardear, pero habiéndole respondido con éxito tuvo que retrogradar para ir a fondear al abrigo de Sequionda. El intrépido Mosca Rodríguez, en carta dirigida a su compañero de armas, Coronel José Díaz, se queja de la forma ruda de atacar de sus contrarios: "Es de advertir, dice, que nuestro General Tacón no tuvo la política ni uso de gentes, de oficiar conmigo sobre si nos rendíamos, pues mediaba la circunstancia de que nos tenían encerrados; y el río arriba da en principios en donde no hay camino alguno y tan escasos de comida que no teníamos ni para dos días. La vana presunción le engañaba, y solo le parecía que ya nos tenía cogidos y pasados a cuchillo". Al día siguiente, Rodríguez que no se fiaba de nadie en la observación del enemigo, pues los espías los engañaban, fue en persona a calcular, situándose a tiro de pistola, la disposición de los barcos. Les disparó su trabuco, pero tuvo que regresar sin mayores informaciones porque la oscuridad de la noche le privó la visión del enemi-

go. Pero el día 29, repetido el desafío, los barcos descargaron sobre él andanada tras andanada sin hacerle daño. Regresó al lado de su gente, lleno de optimismo a disponer las cosas para morir o rendirse, pues vió que la lucha era completamente desigual. "Volví, dice en la citada carta, ocultándole a toda la tropa la fuerza que había visto y antes diciéndoles que con el trabuco los había hecho retirar, y como mi tropa había oído el tiroteo, en efecto lo creyeron. En el momento nos embarcamos en nuestras falcas, y ya yo había visto por donde tenía que meter la fusilería, y metiéndola por allí, y poniendo la artillería al frente, se empezó el combate". La escuadra de Tacón, sin imaginarse la disposición de combate en que se la esperaba, adelantó desafiadora hasta ponerse nuevamente al frente de la población. Su potencia era aplastante comparada con los efectivos patriotas, "pero, dice Rodríguez en el parte que rindió de la acción a la Junta de Gobierno de Popayán, mis soldados, esos caleños, digo, que jamás habían visto embarcaciones armadas en guerra, no se aterraron por la novedad, ni por el espantoso eco del cañón que corría bramando por los montes. Tampoco les incomodaba lo escabroso del sitio, sino que con anhelo y alegría extraordinaria esperaban desde las cinco de la tarde del 28 el momento del deseado ataque". La acción duró desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde "en el día más sereno que vió Iscuandé", seis horas durante las cuales los atacados hicieron prodigios de valor, pues con una culebrina y dos o tres cañones recompuestos, que apenas servían para museo, pero con magníficos tiradores, hicieron tal mortandad y destrozos en el enemigo, que Tacón, viéndose perdido, saltó de la lancha cañonera que iba de capitana a una falca y a todo trapo huyó a Tumaco, acompañado únicamente por su

ayudante el chapetón Rodríguez. Ni se detuvo en Tumaco más tiempo del que era necesario para embarcarse en un velero de tres palos que esperaba la marea para seguir a Guayaquil. La derrota de Iscuandé lo puso loco de pánico, atrás dejaba a los suyos en manos de los republicanos, lo mismo que los barcos que no fueron hundidos, inclusive los caudales del famoso "tesoro" que encontró su destino en el fondo del río o de algún afortunado compañero del Mosca Rodríguez.

Hasta aquí Sergio Elías Ortiz. Por su parte don Santiago Arroyo, que no es pródigo en elogios de los oficiales que no sean caucanos dice: "...Atacó el Gobernador Tacón con fuerzas tan superiores que no se le podía resistir: Solo una lancha cañonera, que montaba un cañón de a 24, remitida por el Virrey de Lima, bastaba para destruir la pequeña población de Iscuandé. El día 28 de enero, aprovechando el enemigo la corriente de la marea, entró en el río Iscuandé con la lancha y otros buques armados en guerra y más de 200 hombres de desembarco. Los patriotas se hicieron fuertes tras de los manglares de la rivera e hicieron uso de los fusiles a medio tiro. El comandante Rodríguez obró con algunas pequeñas canoas, en términos que siendo desmedida la mortandad de los realistas e incendiado uno de sus buques, trataron de escapar; pero no era tiempo de la variante y era difícil salir a remo. Así solo pudo escaparse Tacón con don Manuel Silvestre Valverde, quedando toda su escuadrilla, armas, pertrechos y gente en poder de los patriotas. Rodríguez no sacó toda la ventaja que correspondía a esta victoria, pues siguió para Tumaco, viéndose Olalla en la necesidad de atacar y destruir a los negros facciosos".

No está de acuerdo Ortiz con esta apreciación de don Santiago Arroyo, pues luego de transcribir el parte de

Rodríguez añade: "Las consecuencias de mayor importancia fueron la libertad de toda la costa entre Tumaco y Buenaventura. Barbacoas se rindió y proclamó la independencia y los negros esclavos del Micay que en número de cuatrocientos, se acercaban a Iscuandé por los esteros, regresaron más que de paso a los reales de minas, tan pronto como supieron que el amo Tacón había sido totalmente destruido".

El mismo Sergio Elías Ortiz recogió de labios de los negros las siguientes coplas que cantaban al compás de la marimba.

Te acordá hermano, te acordá
cuando vino el gran Tacón
di que a tomarse a Icuandé
con mucha gente y cañón?
Y dale, dale, nagunderé
y dale, dale, con la marimba;
y dale, dale con saundé
y dale, dale con la cachimba
Si me acuerdo, mano Juan
que aquí Tacón se Jodió
porque el río estaba bravo
y el Riviel se lo tragó.
Y dale, dale nagunderé...
No fue el Riviel mano Pedro
el que a Tacón se engulló
sino la Moca Rodrigue
que a bala lo destruyó.
Y dale, dale nagunderé....
Si fue el Riviel, mano Juan
el que a Tacón se comió
porque tenía que quitale
las joyas que se robó.

Obtenida la contundente victoria de Iscuandé, Rodríguez retornó a Tumaco y a Popayán. Baraya había regresado a Santafé y la ciudad estaba casi desguarnecida, a pesar de los esfuerzos muy grandes del Comandante Militar de la Provincia don José María Cabal. Aparecieron entonces las guerrillas realistas del Patía, compuestas de gentes ignaras, fanatizadas e irreductibles y asuzadas por poderosos partidarios del rey. "Joaquín de Paz

y Juan José Caicedo comenzaron aquella serie de crímenes, aquella guerra a mansalva, despiadada y sin cuartel, que no podía menos de abrir definitivamente un abismo entre los americanos y los españoles, que no podrían ser salvados sino con la independencia absoluta; hubo entonces los combates de Calichares, Limoncito, La Ladera, Popayán y Cauca, con varia suerte, pero más sangrientos y execrables fueron los asesinatos en masa de los prisioneros patriotas que, prendidos por medios de asaltos y sorpresas, tenían la desgracia de caer en manos de los asesinos; los puntos de Mosquera, Guachicón, Petaquero, Galcán y San Antonio fueron bañados con la sangre de víctimas indefensas, sin contar con las víctimas aisladas, cuyo sacrificio se verificaba en caminos, montañas y senderos. Felices se contaban los prisioneros patriotas cuando por un acto de misericordia de los realistas, éstos se contentaban con cortarles las narices y las orejas". Estos renglones son de José Dolores Monsalve.

En vista de estos ataques de los patianos, el gobierno republicano había abandonado la ciudad y se había trasladado a Quilichao. Continuamos siguiendo a Monsalve en su libro sobre Antonio Villavicencio: "El Comandante Cabal, situado en su Cuartel General en el Alto de Ovejas, en vista de que Popayán había quedado a discreción de algunas partidas de patianos sin que se acercase el enemigo que se aguardaba de Pasto, y en vista del aislamiento en que se encontraba el gobierno de los patriotas en Quilichao, resolvió rescatar la capital; en consecuencia ordenó al Coronel José Ignacio Rodríguez la ocupara con una fuerza de 400 hombres, lo cual se verificó el día 9 de octubre, por medio de un encarnizado combate en las calles de la ciudad, en que murieron muchísimos de los guerrilleros realistas y

fueron libertados 115 payaneses que se hallaban prisioneros. De los primeros que cogió Rodríguez tomó 30, y por vía de represalias los hizo conducir a la plaza y en los pilares los hizo atar y fusilar, hecho este que demuestra la exasperación que en el ánimo de los patriotas había producido las inauditas e indecibles crueldades de los guerrilleros del rey".

Don Santiago Arroyo reduce los muertos patianos en el combate a 14 y coincide en el número de los 115 payaneses libertados, pero no habla para nada de la ejecución de los 30 guerrilleros en los pilares de la plaza. Cada vez que se registran episodios como los del salvajismo de las guerrillas realistas del sur, o represalias como ésta, dolorosas pero necesarias, se asombra más el lector de ese calificativo de Patria Boba dado con ironía pero sin apoyo en la realidad a aquellos primeros años de la Independencia.

Dice el General López en sus Memorias: "El día 9 de octubre de 1812 se presentaron los Coroneles Cabal y Rodríguez muy cerca de Popayán. La alarma de los realistas divulgó en un momento la inesperada aparición. . . A la sazón los patriotas ganaban terreno y los realistas empezaron a desordenarse. Confundido entre griegos y troyanos, en medio de inminentes peligros, logré presentarme a los jefes citados, quienes aplaudieron grandemente mi conducta. . . En los primeros meses de mis ensayos militares no ocurrió ninguna circunstancia digna de notarse. Yo deseaba ocasiones para distinguirme, ya por amor a la gloria, ya por mi patriotismo, que se acrecía a medida que aumentaban los enemigos de la independencia. Algunas escaramuzas con las obstinadas guerrillas del Patía no daban lugar a las acciones dignas de elogios, porque nunca encontrábamos una resistencia for-

mal... Mas, como las fuerzas de los realistas crecían con los auxilios que llegaban del Perú, y nuestra situación en Popayán se consideraba crítica, resolvió nuestro Jefe, el Coronel Rodríguez, emprender una nueva retirada al Valle del Cauca con el objeto de esperar en posiciones ventajosas al enemigo, que se movía de Pasto sobre nosotros. Esta retirada se verificó muchos días antes que el general español don Juan Sámano se aproximase a Popayán". No está de acuerdo con estas afirmaciones don Santiago Arroyo, que fue anotando los hechos mes por mes, y que dice: "Una expedición dispuesta por el Presidente Montes marchaba de Quito a las órdenes del Coronel D. Juan Sámano, y engrosada en Pasto, debía ocupar con esta fuerza a Popayán y al Valle del Cauca y aún adelantarse hasta Bogotá. El Batallón Real de Lima, el de Pasto y los Patianos con un Escuadrón de Caballería, formaron el todo del ejército que salió de esta última ciudad a los principios de junio y contaba una fuerza de más de 1.500 hombres... La Junta propuso al General Sámano capitulación, enviando de comisionados a don Ramón Pardo y a don José Antonio Pérez de Arroyo; el primero era oficial prisionero de la acción de Iscuandé, y el segundo miembro de la Junta. Fueron bien recibidos en el Tambo: pero Sámano no quiso contestar por escrito, ratificando sus ofertas de palabra e improbando la propuesta de capitular como poco honrosa para unos vasallos fieles que no debían manifestar la menor disidencia u oposición al Gobierno del Rey. Los comisionados regresaron el 22 del mismo junio; pero los oficiales militares, con el Comandante Rodríguez, rehusaron someterse al acuerdo de la Junta y se retiraron con la tropa a la guarnición de Piendamó". Resalta a los ojos la contradicción de estas afirmaciones con las del general López, pues según

éste, la retirada de Rodríguez fue muchos días antes de que el general español don Juan Sámano se aproximase a Popayán. Según Arroyo, fue al saber los propósitos de capitulación cuando el Mosca resolvió dejar la ciudad y marchar a Piendamó.

El General López sigue acentuando los negros colores sobre la conducta del Mosca en aquellas emergencias; "A cuatro jornadas militares de esa ciudad (Popayán), nos acampamos en la margen derecha del río Palo, y se tomaron todas las medidas conducentes a esperar al enemigo con una firme resolución. La columna contaba como 600 hombres de todas armas, llenos de entusiasmo y capaces de haber vencido a una triple fuerza realista; nuestros oficiales eran experimentados. Recuerdo que teníamos en batería 17 cañones de 2, 3 y 4. Todo pronosticaba un buen resultado; pero por una de aquellas extravagantes medidas que se tomaban al principio de nuestra lucha, tan contrarias al arte de la guerra, y que no se sabe hoy día cómo explicar, el Coronel Rodríguez, que se había hecho célebre en Iscuandé y en otros encuentros, ordenó la retirada a la aproximación del General Sámano, y nuestro jefe fue el primero que nos abandonó, después de haber hecho incendiar las barracas en donde estábamos acuartelados. Pero lo que más me admira todavía es que habiendo tenido noticias de que el General Sámano se hallaba a 3 o 4 leguas de nuestro campo con una fuerza como de 1.000 hombres, nuestro jefe, lleno de ardor, dispuso en el acto ir a su encuentro, a cuyo fin pasamos el vado del río Palo, no con pocas dificultades ni menores peligros, pues los que conocen ese torrente saben lo peligroso que es pasarlo cuando sus aguas aumentan un poco. A las ocho de la noche estábamos ya de la otra parte y continuábamos nuestra marcha en buen orden

con las mejores disposiciones, cuando después de haber marchado como una legua, súbitamente se nos hizo contra-marchar, repasar el río y continuar la retirada discrecionalmente sin detenernos. Ignorábamos que el Coronel Rodríguez nos había abandonado hasta que llegando a la Villa de Palmira se dió a reconocer por nuestro Jefe el Teniente Coronel Ignacio Torres, por no saberse el paradero del Coronel Rodríguez. Misterio es este, lo repito, que mientras más lo recuerdo, más me da qué pensar y más me embarazo en la investigación de tan extraordinaria conducta. El Coronel Rodríguez era valiente y no le faltaba el genio que debe distinguir a un jefe militar en tiempo de guerra”.

José Dolores Molsalve lo explica de manera diferente: “Tan pronto como llegó a Popayán el Jefe Español intimó rendición y entrega al Sargento Mayor don José Ignacio Rodríguez, jefe de los 300 hombres que se habían retirado a Piendamó, ofreciéndole garantías que acaso no serían cumplidas, y como el jefe patriota no se rindió ni aceptó las proposiciones, procedió a atacarlo; Rodríguez se retiró en dirección de las ciudades del Valle, pero no s'endo hombre capaz de superar las grandes dificultades y apuros en que se hallaba, al llegar al caserío de la Candelaria, disolvió sus tropas y tomó por el camino de Barragán hacia Neiva”. Las fuerzas patriotas dispersas y disminuidas trataron de reunirse en Cartago, donde Serviez asumió el mando en la forma que se vió en un capítulo anterior y logró con su energía y dotes disciplinarias infundirles nueva vida.

Scarpetta y Vergara hablan de que en la Candelaria Rodríguez derrotó a las fuerzas de Sámano que eran muy superiores con solo trescientos hombres. Acaso quisieron referirse dichos historiadores a una posterior operación em-

prendida por Rodríguez y Gutiérrez en el Valle.

Los mismos autores nos explican que el viaje precipitado de Rodríguez hacia Neiva no fue tan egoísta como dan a entender López y Monsalve, al tenor de estas palabras: “En 1813 llega Rodríguez a Ibagué, después de un viaje lleno de peligros y de calamidades, lo que era ventaja para la causa que defendía, pues en las adversidades era cuando más vivía para la patria, cuando más aceleraba sus operaciones y cuando más triunfos y victorias obtenía, ya estaba agotada en beneficio de la libertad la suma que de sus propios fondos había tomado para tan sagrada empresa y en tales circunstancias resolvió escribir a su esposa diciéndole que vendiera y redujera a dinero cuanto ellos poseían y se lo enviara prontamente. Así, pues, no tardaron muchos días cuando ya Rodríguez había recibido de su esposa una suma, que invirtió íntegramente en favor de la causa. En Ibagué se le reunieron a Rodríguez el doctor José María Gutiérrez (alias el Fogoso) y algunos otros patriotas y llegó a Cartago con 250 hombres más que, como auxilio a los defensores del Cauca, había enviado el dictador Juan del Corral. Partió con estas gentes para Cali a marchas forzadas y llegó a tiempo de cooperar al triunfo de Nariño y Cabal en Calibío”.

El Mosca y el Fogoso cooperaron, a pesar de no reconocer ninguno de los dos el mando superior del otro, y entre los dos rescataron de nuevo esas provincias. El punto preciso de la incorporación de Rodríguez a las tropas de Nariño no está muy claramente establecido, pues unos hablan de Ibagué, otros de Purificación y otros de Cartago y del Palacé. En Calibío su presencia quedó marcada por un hecho imborrable y de muy fatales conse-

cuencias al decir de sus adversarios e impugnadores.

Tomemos ahora el hilo del Abanderado Espinosa, situándonos con las tropas de Nariño en el Palacé. "Regresamos a Palacé, donde permanecemos aguardando otro ejército realista que venía del Cauca replegándose hacia Popayán, al mando del General español don Ignacio Asín, a quien Sámano había mandado con esa gente a Quilichao. Venía picándole la retaguardia el Coronel Rodríguez, al as el Mosca, y Francisco González, con tropas de los patriotas. Asín, según las órdenes de Sámano, acampó en Piendamó y quedó perfectamente cortado".

A las seis de la mañana del día siguiente emprendió marcha el Ejército de Nariño para ir a encontrarse con Sámano en el llano de Calibío. Fue en este momento cuando se incorporaron las fuerzas de Rodríguez y González. En el campo de Calibío sufrieron los españoles una tremenda derrota, allí murieron Asín y 8 oficiales más. Contáronse más de 400 entre muertos y heridos y se tomaron más de 300 prisioneros. Y dice Espinosa: "Es doloroso citar aquí un hecho que ciertamente no hizo mucho honor al que lo ejecutó y que fue nada propio de un vencedor. El Coronel Rodríguez se acercó al cadáver de Asín, y cortándole la cabeza, la levantó en alto y comenzó a

perorar y creyendo, en su embriaguez, hacer un obsequio a Nariño, se la presentó. Si éste no hubiera sido humano y generoso hubiera hecho con Rodríguez lo que hizo David con el Amalecita que le trajo el brazaletes y la diadema de Saúl: pero este hombre magnánimo se contentó con reprenderlo en términos enérgicos, echándole en cara su mala acción y su proceder, injustificable en un hombre civilizado. En efecto la ley cristiana ha abolido la costumbre de ultrajar a los muertos, relegándola a las tribus salvajes". (¿Cuánto habrá aquí del meollo de Espinosa y cuánto de la minerva de don José Caicedo Rojas, quien le ayudó a redactar las Memorias?).

"Este deplorable incidente, sigue el Abanderado, contribuyó, a no dudarlo, a que Rodríguez que había sido anteriormente partidario de Baraya, o por lo menos inclinado a la causa de la federación que éste sostenía, acabase de indisponerse con Nariño, lo que vino a causar con el tiempo la pérdida que tuvimos en Pasto...."

Participó Rodríguez en todas las sucesivas operaciones del Ejército de Nariño y se halló en las acciones del Juanambú, Tablón de los Gómez, Cebollas y Tacines, mandando una de las columnas y dando pruebas de no desmentido valor.

(Continuará).